

PQ 7084

A5

V.L



FONDO EMERITARIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## INTRODUCCIÓN.

---

### I.

#### ADVERTENCIAS GENERALES.

Fué privilegio de las lenguas que llamamos clásicas el extender su imperio por regiones muy distantes de aquellas donde tuvieron su cuna, y el sobrevivir en cierto modo á sí mismas, persistiendo á través de los siglos en los labios de gentes y de razas traídas á la civilización por el pueblo que primeramente articuló aquellas palabras y dió á la lengua su nombre. Así la historia del helenismo abarca, en el orden geográfico, mucho más amplio espacio que el de la Grecia continental é insular, y en el orden de los tiempos también se dilata siglos y siglos después que la existencia política de Grecia ha terminado. Donde quiera que las colonias griegas llegaron, llegó su lengua, y la ciudad jónica ó doria, al transplantarse, conservó su cultura, como conservaba sus dioses tutelares y los ritos de su religión doméstica. Las conquistas de Alejandro difunden el helenismo por el Asia; la conquista romana se le asimila; el Cristianismo

003059

adopta su lengua como primer instrumento de su propagación entre los gentiles, y depura y transforma los elementos de su filosofía; un nuevo imperio fundado entre Oriente y Occidente prolonga su agonía por diez siglos hasta los umbrales de la Edad Moderna, y ni siquiera las oleadas de la barbarie musulmana bastaron á romper el lazo de solidaridad que une la Grecia clásica con la Grecia que trabajosamente va renaciendo en nuestro siglo. Una es sustancialmente la lengua, aunque en los modernos degenerada y empobrecida; lengua por la cual, sin solución de continuidad, se asciende desde los cronistas bizantinos hasta los Padres de la Iglesia y los filósofos alejandrinos; y desde éstos hasta los moralistas, historiadores y polígrafos de la época romana, los Plutarcos, Lucianos y Dionisios; y desde ellos hasta Aristóteles y Teofrasto, de donde ya es fácil el tránsito al período clásico por excelencia, al período ático, que recoge á su vez la hermosa herencia de los poetas, de los historiadores y de los filósofos de la Grecia asiática y de Sicilia. En rigor, el helenismo nunca ha muerto, no ya sólo en su espíritu, que es de esencia inmortal é indestructible, sino en las mismas palabras voladoras que le sirvieron de instrumento, y á las cuales parece haberse comunicado algo de su juventud perenne.

Del mismo modo, la lengua latina, expresión altísima del derecho y de la vida civil, adecuada á la majestad de tanto imperio, y llamada por Dios providencialmente á preparar la unidad espiritual del linaje humano, más que por las artes de la conquista, por la comunidad de la ley, no sólo extingue y borra hasta los vestigios de las lenguas indígenas de la mayor parte de los pueblos sometidos á su dominio, exceptuados los de casta ó ci-

vilización helénica, sino que vive vida inmortal, ya como segunda lengua adoptada por la Iglesia, ya transformada, pero siempre fácil de reconocer, en las lenguas y dialectos que hablan los herederos de la civilización romana. Aun en tiempos relativamente clásicos, en la era inmediatamente posterior á la muerte de Augusto, el elemento itálico puro es ya secundario, y el latinismo, al hacerse universal y abrir las puertas de la ciudad á todas las gentes, cae en manos de españoles, de africanos, de galos, que le imponen hondamente su sello peculiar, tan diverso en los Sénecas, Lucanos y Prudencios, en los Apuleyos, Tertulianos y Agustines, en los Ausonios, Paulinos y Sidonios.

Dos lenguas hay, entre las que modernamente se hablan en el mundo, que pueden aspirar en cierto grado á esta misma singular excelencia de las lenguas clásicas. Entre las dos se reparten el número mayor de las gentes civilizadas, y con ambas puede darse la vuelta al planeta con seguridad de ser entendido en todas partes. Son las lenguas de los dos pueblos colonizadores que nos presenta la historia del mundo moderno: representantes el uno de la civilización de la Europa septentrional, del espíritu germánico más ó menos modificado, del individualismo protestante; el otro del genio de la Europa meridional, del organismo latino y católico: pueblo que en los días de su grandeza parece que sentía resonar en sus oídos, más enérgicamente que ninguno de sus hermanos de raza, el *Tu regere imperio populos, Romane, memento*. América es ó inglesa ó española: en el extremo Oriente y en los archipiélagos de Océania también coexisten, aunque en muy diversa proporción, entrambas lenguas. La literatura británica enri-

quece su caudal propio, no sólo con el caudal de la literatura norte americana, sino con el de la que ya empieza á cobrar bríos en Australia. Nosotros también debemos contar como timbre de grandeza propia y como algo cuyos esplendores reflejan sobre nuestra propia casa, y en parte nos consuelan de nuestro abatimiento político y del secundario puesto que hoy ocupamos en la dirección de los negocios del mundo, la consideración de los cincuenta millones de hombres que en uno y otro hemisferio hablan nuestra lengua, y cuya historia y cuya literatura no podemos menos de considerar como parte de la nuestra.

Ocasión bien adecuada para estrechar estos lazos de origen y de común idioma, nos ofrece hoy la solemne conmemoración de aquel maravilloso y sobrehumano acontecimiento, merced al cual nuestra lengua llegó á resonar prepotente desde las orillas del Bravo hasta la región del Fuego. La Academia Española, que inició antes que otra corporación alguna (lícito es decirlo sin vanagloria) la aproximación intelectual de España y de las repúblicas de la América española, cuando mal apagados todavía los mutuos rencores, herencia triste de larga y encarnizada guerra, parecía para muchos sospechosa aun esta inofensiva comunicación de las artes del espíritu, no puede hoy menos de regocijarse con el resultado de la obra que modestamente comenzaron en su recinto algunos americanos y españoles de buena voluntad, ligados por el respeto común á la integridad de la lengua patria, y por el culto de unas mismas tradiciones literarias, que para todos deben ser familiares y gloriosas. Hoy que la fraternidad está reanudada y no lleva camino de romperse, sea cualquiera el destino

que la Providencia reserve á cada uno de los miembros separados del común tronco de nuestra raza, ha parecido oportuno consagrar en algún modo el recuerdo de esta alianza, recogiendo en un libro las más selectas inspiraciones de la poesía castellana del otro lado de los mares, dándoles (digámoslo así) entrada oficial en el tesoro de la literatura española, al cual hace mucho tiempo que debieran estar incorporadas. La poesía hispano-americana es en verdad riquísima, pero la Academia ha creído conveniente encerrar la colección en límites muy estrechos, dando entrada únicamente á lo más selecto, sin guiarse en esta selección por ningún criterio de escuela ó secta literaria, sino por aquellos principios de buen gusto universalmente adoptados en la crítica moderna, por aquella especie de estética perenne que (salvo extravíos pasajeros) canoniza en todo tiempo lo bueno y execra lo malo, y por aquella doctrina técnica que, menos sujeta á error que las disquisiciones puramente metafísicas sobre el arte, conduce á resultados seguros aunque modestos en lo que toca á la forma exterior de las composiciones, dentro de cada tiempo, de cada género, y de cada lengua. La Academia ni en esto ni en nada pretende imponer su fallo ni aspira á ningún género de autoridad no fundada en razón, pero se atreve á esperar que los conocedores de la literatura americana han de rechazar muy pocos de sus juicios, y han de poner pocos reparos á la elección de las composiciones, porque muchas de ellas son ya realmente famosas y de mérito por nadie controvertido, y las que no llegan á tanto, ó se recomiendan por bellezas particulares, ó presentan algún aspecto de originalidad americana, ó, finalmente, son muestras las menos

endebles que han podido encontrarse del desarrollo poético en algunos países que han sido menos favorecidos en esta parte, pero que no parecía bien que enteramente quedasen excluidos de este pequeño monumento levantado á la gloria de nuestra lengua común. Hemos procurado fortalecer é ilustrar nuestro juicio con el de los varones doctos de las diversas regiones americanas, ya por comunicación directa, ya en sus libros y estudios de crítica, y si alguna vez erramos será de buena fe, por deficiencia de noticias ó de gusto, nunca por perversión ó malignidad de la voluntad, ni por celo patriótico indiscreto y mal encaminado. Si alguna vez encontramos en nuestro camino reliquias de la lucha de otros tiempos, procuraremos que no se empañe en nosotros la serenidad del criterio histórico, sin olvidar nunca el carácter de lucha cuasi civil que tienen siempre las guerras de segregación entre individuos por cuyas venas corre una misma sangre: guerras terribles y asoladoras á veces en sus efectos inmediatos, pero que nunca dejan tras de sí los odios inexpiables que son nefando cortejo de la guerra extranjera.

Oportuno hubiera sido, y al principio así se pensó, que á esta antología de poetas hispano-americanos acompañase otra de prosistas. Pero de tal idea hubo que desistir, así por la imposibilidad material de reunir y ordenar en breve plazo los documentos necesarios, cuanto por ser mucho más fácil presentar composiciones íntegras en verso que en prosa, si no habia de darse á la colección el carácter de una biblioteca dividida en varios volúmenes. De las grandes obras de historia ó de ciencia, lo mismo que de las fábulas novelescas, no se forma cabal idea por capítulos aislados: sólo de la oratoria, de

la crítica literaria, del cuadro de costumbres, hubieran podido presentarse muestras cabales y de moderada extensión; pero estos géneros no han sido hasta ahora los más florecientes en América, y el darles lugar preferente hubiera sido invertir el orden natural de las cosas.

El título mismo de nuestra obra muestra bien cuáles son sus naturales límites. Trátase sólo de la poesía *castellana* en América, quedando excluida con ello otra poesía no castellana de lengua, aunque pueda ser calificada de española en el sentido más tradicional y etnológico de la frase, es á saber: la opulenta poesía brasileña, que es quizá la más americana de toda América sin que por eso deje de ser esencialmente portuguesa. Hoy parece algo decaída de su antiguo esplendor, pero le basta para su gloria con lo que de ella conoció y reveló á Europa Fernando Wolf en 1863 (1). No nos ha parecido bien ni retocar su trabajo, ni menos mezclar lenguas distintas en una misma obra.

Con mayor motivo aún, hemos debido prescindir de la poesía indígena en lenguas americanas, anterior ó posterior á la conquista. Extraños nosotros de todo punto al estudio del Nahuatl, del Otomí, del Tarasco, del Mixteco, del Maya, del Otlateco, del Quichúa, del Aymara, del Guarani y de tantas otras lenguas todavía más incógnitas y revesadas, nada hubiéramos podido hacer sino repetir superficialmente lo que han consignado en tratados especiales los que pasan por entendidos en estas arduas materias. Sea cual fuere la antigüedad y el valor

(1) *Le Brésil Littéraire. Histoire de la Littérature Brésilienne.....* Berlin, A. Asher, 1863. (Acompañado de una antología de poetas brasileños.)